



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NOTABILIDADES SORIANAS MANUEL RUIZ ZORRILLA



No han vencido su constancia
los golpes inoportunos.
Nadie niega su importancia,
pues que cuando tose en Francia
se constipan aquí algunos.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—ESPAÑA CÓMICA, XLVIII, Soria, por Sinesio Delgado.—Entre hierro y azufre, por Eduardo Bustillo.—Pescadores de buena fe, por Antonio Peña y Goñi.—Respuesta, por Juan Pérez Zúñiga.—Al maestro, cuchillada, por José Estremera.—Lo que dijo una reja, por Luis de Ansorena.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Manuel Ruiz Zorrilla.—Soria.—En una encrucijada, por Cilla.



DESDE VIGO

Los concejales limpian el frac con que piensan engalanarse para asistir á las fiestas de la Reconquista. Los hijos de esta fiel, leal y valerosa ciudad, se disponen á tomar parte en las funciones dispuestas por el Municipio, y el júbilo nos embarga á todos.

Además de las verbenas, la procesión y los bailes, habrá certámenes literario y musical. Al primero concurren muchos poetas, ávidos de gloria y de objetos de arte, porque, gracias á Dios, no han faltado caballeros generosos que premien con barómetros, tinteros y otras baratijas las concepciones sublimes de los vates.

Hay, pues, riquísimos premios, que se disputan los chicos inspirados de la localidad y otros de fuera del pueblo. Alguno de estos ha llegado ya, porque quiere estar de cuerpo presente cuando se distribuyan los galardones, digámoslo así, á ver si le toca alguno.

Al conocerse el veredicto del jurado, uno de los poetas favorecidos á causa de su númen, se presentó á decir:

—¿Están Vds. buenos?

—Buenos, gracias.

—Yo soy Octavio Umbroso, agrimensor y poeta lírico, por parte de padre.

—Enhorabuena.

—Y venía á ver si tienen Vds. inconveniente en cambiarme el premio.

—¿Cómo?

—A mí me corresponde, según el programa, un aguamanil de hierro colado, por mi poesía en endecasílabos.

—¿Cómo se titula?

—*A mi sobrino Nicanor, hijo de mi hermana la casada, muerto á consecuencia de un error facultativo.*

—Efectivamente, ha obtenido un premio.

—Pues bien: venía á ver si en lugar del aguamanil quieren Vds. darme un corte de pantalón ó un sombrero hongo, que me están haciendo mucha falta.

Uno de los miembros del jurado le regaló un pantalón en buen uso que ya no se ponía, y el poeta salió de allí alegre como unas pascuas.

Entre éstos los hay que no buscan el objeto de arte por lo que pueda valer en una casa de empeños, sino por lo que significa á los ojos del país.

De modo que antes teníamos en la provincia unas dos docenas de jóvenes dados á la lírica, y este año pasan de ochenta los versificadores; hasta el punto de meterse poeta un chico que tocaba el cornetín en la banda del Hospicio.

También han tomado parte en la liza poética dos ó tres señoras, una de ellas en estado interesante, tanto, que no puede recoger su premio porque está con los dolores, pero vendrá su esposo, que es maestro de obras, y pronunciará un discurso de gracias en nombre de la parturienta.

Los certámenes serán, sin duda alguna, lo más notable que habrá aquí estos días.

Al musical concurren muchos artistas en estado de canuto, sobresaliendo una señorita picada de viruelas que

toca la guitarra con una sola mano, y con la otra afeitada á un tío suyo carnal, recién llegado de Cuba.

*
* *

También habrá bailes de etiqueta en conmemoración del famoso hecho de armas realizado el año 1809 por estos aguerridos habitantes en colaboración con el Cristo de la Victoria.

A estos bailes sólo pueden asistir las personas finas de suyo, y que tengan además de la finura ropa negra. Los forasteros están relevados de esta obligación, y aunque lleven chaquet con pintas, serán bien recibidos. Anda un joven por aquí, procedente de Cáceres, con una americana color de tabaco y un pantalón verde-musgo; ayer se presentó á la junta directiva de la Sociedad Coreográfica, y le dijo:

—Yo soy de buena familia, aunque me ven Vds. con esta ropa. Además pago tres pesetas de pupilaje, sin vino.

—Ya se le nota á V. la buena educación, porque tiene usted las uñas muy limpias.

—Bueno, pues yo quisiera asistir al baile.

—No hay inconveniente, pero múdese V. la camisa.

—El caso es que no traigo más que la puesta.

—¡Hombre!

—Pero si les es á Vds. lo mismo, podré traer una chambra de mi patrona, que tiene muy buenos sentimientos, y no me negará este favor.

Con tal de que el forastero revele tener buenos principios y no se meta con nadie ni se quede con las cucharillas, tiene entrada en todas partes, y hasta le convidan á comer algunas personas.

Hay aquí un señor, amante de la tierra, que en cuanto ve á un forastero admirando la belleza del país y haciendo elogios del carácter dulce de estos habitantes, ya le está obsequiando con todo lo que tiene.

—¿Es ésta la primera vez que viene V. á este país?— pregunta entusiasmado.

—Sí, señor— contesta el otro.

—Esto es hermosísimo ¿verdad?

—¡Oh!

—¿Quiere V. tomar algo?

—Gracias.

—¿Un poquito de dulce de cabello? ¿Unas sardinitas asadas?

—Las probaremos.

—¿Conoce V. nuestra langosta?

—De vista solamente.

—La va V. á conocer ahora mismo.

Y quieras que no, le hace probar la langosta, y los percebes y el caldo gallego, diciéndole á cada paso:

—Chupe V. bien esa patita, que es cosa sabrosa. ¿Eh? ¿Qué tal? Ahora cómase V. esta patata, sin beber vino, para no perder el aroma... ¡Ajajá! Huela V. este percebe antes de tragarlo. Cosa rica. ¿Verdad?

El forastero come á dos carrillos y el amante de la tierra goza lo que no es creíble, porque cifra todo su orgullo en poder decir:

—Este es un gran país. Aquí estuvo un austriaco que era archiduque y dentista y quedó sorprendido. Una tarde se comió él solo dos merluzas de seis libras y un sombrero lleno de remolachas crudas. Lo que no hay aquí es espíritu industrial, que sinó... Sólo con la hierba que aquí se desperdicia habría para alimentar á media Europa.

Efectivamente, este es un país encantador por todos estilos. Los forasteros llegan y se extasían contemplando la exuberancia de la vegetación y la belleza natural del suelo. Además, tienen la ventaja de poder darse tono, porque la gente es sencilla hasta el punto de ver en cada caballero que viene por ahí abajo un personaje importantísimo.

Noches pasadas oímos en el café la siguiente conversación, entre un forastero y un hijo de la localidad:

—¿Es V. de Madrid?

—Sí, señor.

—¿Y que le parece á V. esto?

- No está mal.
 —Habrás V. viajado mucho.
 —Bastante.
 —¿Como *touriste*?
 —No, señor; como tratante en besugo.

LUIS TABOADA.

ESPAÑA COMICA

(APUNTES DE VIAJE)

XLVIII

SORIA

En un carricoche muy bajo de techo tirado por mulas, incómodo, estrecho, que puede á cualquiera quitar la salud, dejando el mullido castísimo lecho salimos un día de Calatayud.

Conservo indelebles recuerdos del viaje, crujían las tablas, chirriaba el herraje, por montes y llanos rodaba el cajón... y ahí van los escasos apuntes que traje después de la breve bendita excursión:

Se sale á las cinco. La hermosa alborada de pálidas tintas y aromas bañada, parece así, al pronto, que incita á gozar pero ¡ay! que los goces se quedan en nada y á poco el fastidio comienza á abrumar.

El sol, que al principio parece que besa, con rayos de fuego la piel atraviesa, sofoca de un modo que da desazón; la nube de polvo se crece, se espesa, tabica la boca y estuca el pulmón.

¡Llorad por los seres que han ido y venido! En mala postura y el cuerpo molido nos daba la una llegando á Almenar. Compramos un trozo de pan renegrido y un par de chorizos y ¡andando á almorzar!

¡Las tres de la tarde! Llegamos á Soria. Supongo que habremos ganado la gloria después de diez horas de horrible vaivén. Un grato recuerdo me trae la memoria porque es parecida la entrada en Jaéu.

En una plazuela se para el carruaje.
 —Abajo señores.—Ahí va el equipaje.—
 Se forman los grupos, se marcha el zagal. Un guardia se acerca, que yo, por el traje, no sé si es del orden ó municipal.
 —¿Los nombres de ustedes?—Fulano y Mengano.
 —¿Y van?...—A la fonda que esté más á mano.
 —No hay fondas.—¡Canastos! Usted nos dirá si hay casas que presten albergue á un cristiano.
 —Allí enfrente hay una.—Pues vamos allá.

—¿Podemos quedarnos aquí por un día?
 —No hay más que una alcoba pequeña vacía.
 —¿A ver? ¡Ay! no cabe ni medio alfiler.
 —Aquí es imposible.—¿Si ya lo decía!
 —¿Qué hacemos entonces? ¿qué vamos á hacer?
 ¡Ya tengo una idea feliz, salvadora!
 ¡A Medinaceli dentro de una hora, de nuevo metidos en nuestro cajón!
 Pedimos viandas á aquella señora, y... á dar una vuelta por la población. Sesenta minutos nos quedan. Marchemos.
 ¡Dios mío! ¡qué apuntes, qué cosas haremos!
 ¡Perdóneme Soria si obramos así, pero ¡ay! está visto que ya no podemos sin graves trastornos quedarnos aquí!

Comprendo de Becquer la extraña manía; comprendo que el goce que el alma extasia en estas campiñas viniera á buscar; leyendas, misterios, amor, poesía, parecen al paso surgir y brotar.

Negrucas fachadas, pedazos de muros, revueltas callejas, portales oscuros, remotas edades nos traen al magín con brujas y duendes, consejas, conjuros y sombras y diablos y cuentos sin fin.

A más, contribuyen también al efecto las muchas distancias, el largo trayecto que á Soria separan de la humanidad... si en plazo muy breve la vía en proyecto no viene á sacarla de su soledad.

En cambio, radiante de luz y alegría, el pueblo cruzando se extiende la vía que creo que llaman la calle Mayor. Es buena, animada, y allí al mediodía no puede el más guapo sufrir el calor. Tomamos cerveza por ver el Casino.
 —¡Caramba, si es bueno!—¡Demontré! es divino.
 —¡Y nadie lo sabe!—¡Qué lástima!—Sí.

Después emprendimos de nuevo el camino sintiendo en el alma marcharnos de allí.

Al fin de la calle que arriba he descrito, llenando de aromas extenso circuito cuajado de lirios, está el *Espolón*, paseo elegante, precioso, bonito que acaso merece mejor descripción...

¡Jesús! Diez minutos nos faltan escasos. A escape á la *fonda* dirijo mis pasos. Nos dan la merienda. (La cuenta es brutal: cualquiera aprovecha también estos casos). Arrancan las mulas y grita el zagal.

Y aquí cierro el álbum echándole el broche. (¡Qué mal me ha salido!) Dejamos el coche y á la madrugada tomamos el tren. ¡Qué viaje, Dios mío! ¡Qué día! ¡Qué noche! Adiós, y que ustedes descansen también.

SINESIO DELGADO

ENTRE HIERRO Y AZUFRE

Escribo en el de Ormaiztegui modesto Balneario, donde ni un nombre suena de prócer ó Marqués, aunque, sin darse el dueño al *bombo* estafalarío, lugar es deleitoso para pasar un mes.

Aquí las puras fuentes de mi salud ahora, de *hierro* son y *sulfur* riquísimo caudal; y quien los toma á diario no come, que devora, y aquí hay un cocinero que no se porta mal.

En este pueblecillo de tierra guipuzcoana, sólo en vascuence hablando se entienden todos bien; y les parece griego la lengua castellana, venga de los Madriles ó venga de Almadén.

De cosas de la corte tan dulce es su ignorancia, y en eso de noticias su indiferencia es tal, que aunque domina el valle quien salva la distancia, ¿qué saben de la célebre calle de Fuencarral?.....

Aunque el horrendo crimen la prensa nos describa, aquí soy de los pocos que prestan su atención, bajo el altivo puente que en dos montes estriba, y en que halla férreo paso la civilización.

Y por el puente cruzan á miles los viajeros, y traen los trenes cola que da mucho que ver; y pasan por el puente algunos matuteros, matute de política que tiene que entender.

Y, al paso de los trenes por la suspensa vía, retiembla el Balneario que es una bendición; y están los largos monstruos pasando todo el día, y nunca, aun *sulfurándonos*, nos falta diversión.

Mas, como Emilio Arrieta, que aquí se halla conmigo, sueño con la famosa calle de Fuencarral; y estoy *higinizado*, y con terror os digo que, cuando bebo *el hierro*, me siento criminal.

EDUARDO BUSTILLO.

PESCADORES DE BUENA FE

Sabido es el cuento del pescador aragonés que pretendía coger peces sin cebar el aparejo y que, interrogado sobre las causas de tan extraña determinación, contestó:

—Yo no engaño á nadie; el pez que buenamente quiera picar, que pique, y el que no, que lo deje.

Parece mentira ¿eh? Y, sin embargo, es tan verdad como el Evangelio. Tampoco lo creía yo; me parecía imposible que la buena fe del bicho humano llegara á extremos tales, por más que, tratándose de pescadores aficionados, lo inverosímil adquiere con frecuencia marcadísimos caracteres de realidad.

Pero hoy puedo asegurar, sin temor de que nadie me desmienta, que ese tipo de pescador existe ¿qué digo existe? da quince y falta al aragonés del cuento.

Porque, seamos justos, el hombre iba á tiro hecho, sabía de antemano que los peces no le habían de picar; y si volvía á casa de vacío, la cosa estaba prevista y no podía sorprender ni al pescador ni á su familia.

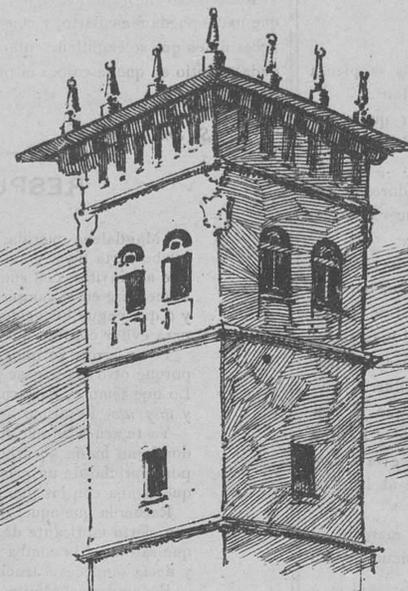
Es como el cazador aquél que se pasaba las horas muertas apuntando á la mar desde el muelle de un puerto cuyo nombre he olvidado.



¿Quiere usted algo?



No recuerdo á qué ha dicho que viene á Soria, y eso que tengo á veces buena memoria.



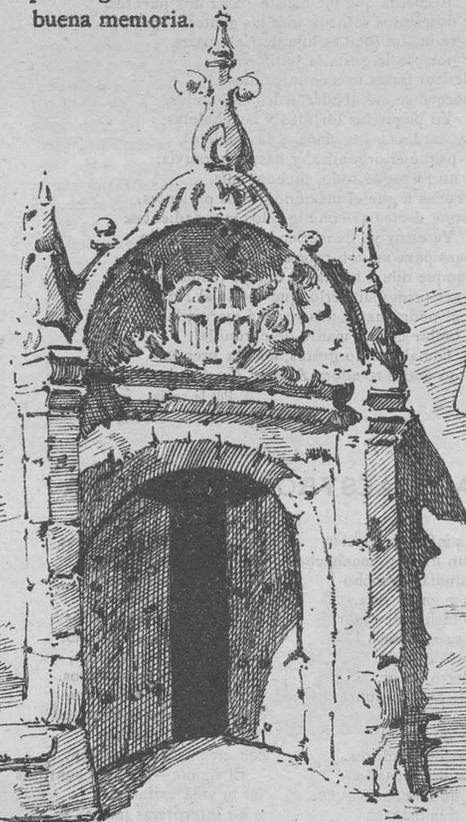
La torre del Carmen.



Esta es la vieja Castilla, que hace los hombres y los gasta.



Un cartero de la montaña.



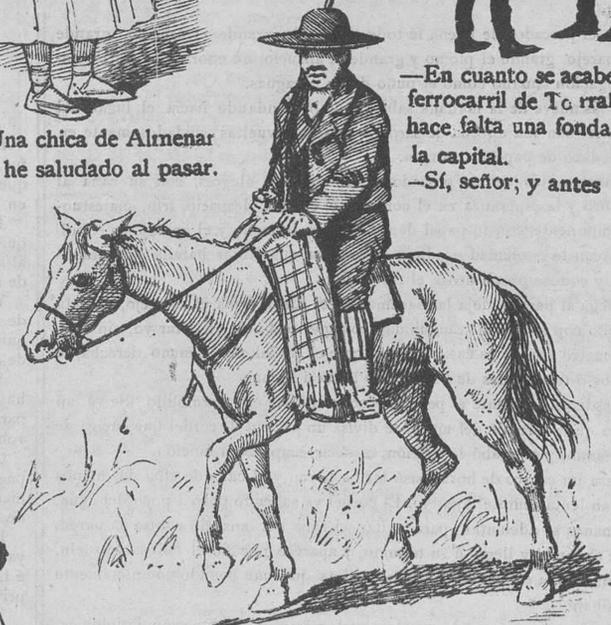
Portada de la casa de los condes de Castejón.



Una chica de Almenar que he saludado al pasar.



—En cuanto se acabe el ferrocarril de Tordesalva, hace falta una fonda en la capital.
—Sí, señor; y antes



Cabañero.

Soria



—Si viás que gusto da dir á Almazán en la deligencia!

—¿Qué demonios hace V. ahí?—le preguntaron.

—Cazar liebres—contestó impávido.

—¿Liebres?

—Sí, señor, liebres.

—¿Aquí, en el muelle?

—Sí, señor, aquí, en el muelle. ¿No dicen que donde menos se piensa salta la liebre? ¡Pues como no salte aquí, no se dónde va á saltar!...

De modo que el aragonés que pescaba sin cebo y el cazador que apuntaba á las liebres en la mar, son dos tipos iguales, porque se dedican á un ejercicio fantástico del cual no esperan sacar resultado alguno.

Lo grande, lo inmenso, lo inverosímil, es que haya pescadores de tan buena fe que hagan, con cebo, lo que el baturro pretendía hacer á anzuelo limpio.

¡Y los hay! Yo los he visto y veo todos los días aquí, y hablo con ellos y los observo y estudio y admiro, y hasta los he amenazado con hacerlos carne de MADRID CÓMICO. Y han alzado los hombros en señal de desprecio soberano, y me han mirado con esa mirada húmeda, fija é inexpressiva del pez, cuya idiosincrasia acaban por asimilarse estos incomparables pescadores. Voy á tratar de pintarlos con la mayor exactitud posible.

El pescador de alta mar tiene la *cala*, espacio donde sabe que el pescado se encuentra reunido; el pescador de muelle sabe el lugar y la hora de la marea más propicias para realizar una buena pesca; el que va á *doncellas* (julias) y demás pescado de peña, no tiene sino fondear al lado de la costa y volver repleto.

Todos se fundan en algo, conocen el cebo más atractivo, el mareaje, el sitio, el fondo, van á cosa hecha y pescan con estrategia y táctica admirables.

Para el pescador de buena fé no existe nada de eso. Desprecia todo lo que es limitado, le importa tres pitos que la marea suba ó baje ó se esté queda, y desdeña la caña, desdeña la pesca segura, desdeña el aparejo corto y desdeña la embarcación.

Pesca siempre desde el muelle exterior y se coloca en sitio desde el cual puede echar el aparejo á alta mar como quien dice, á la mar sin límites cercanos, donde hay millones de peces y, entre ellos, uno, el solo, el único que espera el pescador.

Toda la clave del enigma está ahí; el pescador de buena fé desprecia la cantidad. Hay que ver la insultante indiferencia con que mira á los aficionados que se hallan á su lado frecuentemente y se hartan de coger con caña *albanos* (panchos), *corcones* (mugles), chicharros y otros peces que abundan sobre las peñas, en la parte exterior del muelle.

Todo eso es pequeño, infantil, y hasta odioso para él; representa lo que un cazador de gorriones con liga ó de alondras con espejuelo representaría para Tartarín de Tarascón en pleno desierto de Sahara.

Donde los demás buscan los peces, él busca el pez, el pez heteróclito, el pez fantástico, el pez ideal que ha de venir desde la inmensidad del Océano á engullir una sardina clavada en la punta de un anzuelo monumental.

En el pescador de buena fé todo es grande, grande el espacio, grande el aparejo, grande el plomo y grande el anzuelo, un enorme punto de interrogación tamaño como el puño de un paraguas.

A las nueve de la mañana sale el hombre andando hacia el lugar del supicio, con una docena de sardinas frescas envueltas cuidadosamente en un pedazo de papel de estraza.

Mientras los demás pescadores van deprisa, alegres, con su caña al hombro y la esperanza en el corazón, él camina despacio, frío, majestuoso, imponente, con su papel de sardinas en la mano y el aparejo en el bolsillo, con la estoicidad prodigiosa de quien va á librar batalla importantísima y conoce previamente el resultado.

Llega al puesto, deja las sardinas en el suelo, arma el aparejo, ensarta el cebo con la misma tranquilidad con que acabo de ensartar yo, sin querer, cuatro asonantes casi seguidos, coje el cordel con la mano derecha, le da dos ó tres vueltas de honda y lo lanza á la mar.

Desde este instante el pescador se convierte en marmolillo. Se ve un brazo que sobresale del muro, se divisa un pedazo de cordel que cuelga de una mano, y se acabó la función, es decir, empieza la función.

Pasa un cuarto de hora, pasa media hora, y al cabo de ella dos manos cobran lentamente el aparejo. El cordel va saliendo poco á poco del agua, las manos se adelantan para evitar el roce del anzuelo contra la pared, sube el cordel y llega á su término, y aparece por fin el colosal anzuelo, ostentando la espina dorsal de la sardina que han comido completamente los albanos.

El pescador quita del anzuelo aquel ejemplar de disección ictiológica, lo reemplaza por una sardina entera, vuelve á hondear el aparejo, lo lanza nuevamente á la mar y continúa la pesca una hora, y un día, y un mes, y medio año, con el mismo cordel, con iguales sardinas, con idénticos anzuelos monstruosos.

—¿Pican?—se les pregunta.

—Ni sentir—contestan plácidamente.—Todo se lo comen los albanos.

Y dicen eso sin ira ni despecho, persuadidos de que ha de pasar así, sin que nadie pueda remediarlo, y convertidos en San Luis de Gonzaga de los peces niños que se engullen santamente la sardina y saben (no me cabe duda) el sitio en que se coloca el pescador y la hora á que acude para la pesca.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

(Se concluirá.)

RESPUESTA (1)

«Magdalena querida: Por el correo recibo carta tuya, y en ella veo, que me invitas, con suma *galantería*, á que pase en el campo contigo el día, y á que pague los gastos de la merienda, para evitar con eso que yo me ofenda.

Es un error; yo nunca me ofendería porque otro los pagase ¡qué tontería! Lo que temo es hartarme de desengaños, y *disfrutar* lo mismo que hace dos años.

Ya te acuerdas que fuimos á una pradera, donde no había un árbol, ni uno siquiera, por capricho de un primo que Dios te ha dado, que estaba con las plantas incomodado.

Recuerda que aquel día me diste celos con cierto fabricante de caramelos, que saltaba á la comba como un fantoche, y decía sandeces á troche y moche.

Recuerda la bromita de aquel Darío, que al verme tan quemado me tiró al río, y gracias á que el río sólo es de arena no me mojé la ropa, que era muy buena.

Recuerda que me hiciste pasar dos puentes, y doscientos sofocos ante las gentes, y tu madre (que es hija de Calasparra y por eso le gusta la *butifarra*), deslizó frases feas en mis oídos, porque se me olvidaron los embutidos.

Yo pagué las tortillas y las chuletas, las sardinas, los vinos, y las galletas, y pagué el organillo, y hasta el tranvía, y no lo pagué todo, pichona mía, gracias á que el más fino de tus parientes, pagó, á medias conmigo, los mondadientes.

Ya estoy yo de meriendas escarmentado, pues para mí son robos en despoblado; conque dile á tu madre que yo renuncio á ser primo sin serlo; que invite al Nuncio, y él podrá hacer mis veces á maravilla, y bailar con tu madre de coronilla.

Tómalo como gustes, amada prenda, y no dudes te adora *Lesmes Trastienda*»

Por la copia,

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

AL MAESTRO, CUCHILLADA

Dejando la infancia Armida fué á ver á un hombre machucho, que había estudiado mucho en los libros y en la vida.

Temiendo luchas de amor, quiso poner su inocencia al amparo de la ciencia de aquel experto señor.

Y le dijo:—En los albores de mi tierna juventud, quiero salvar mi virtud de asechanzas de traidores.

Ya buscando la ocasión hay muchos que me persiguen, para probar si consiguen robarme mi corazón.

Quiero que me déis lecciones, pues sé que vuestra experiencia maestro os hizo de la ciencia de conservar corazones.

El sabio dijo:—Es verdad, ya sé cómo se resiste á la pasión, por el triste privilegio de la edad.

Los sinsabores de ayer en amor me han hecho ducho, porque yo he vivido mucho, y vivir es aprender.

Pues quieres evitar esas amorosas asechanzas, no creas en alabanzas ni te fíes de promesas.

Huye los certeros tiros que á dirigirte se atrevan, y lágrimas no te muevan, y no te ablanden suspiros.

Mientras el sabio varón de esta manera le hablaba, la chiquilla le miraba con creciente admiración.

Él siguió:—Muchos sonrojos en tu vida evitarás, si no interpretas jamás el lenguaje de los ojos.

Que hay miradas á traición que, cuando no lo sospechas, van á clavarse derechas en mitad del corazón.

Con consejos tan sensatos la niña se conmovía, y admirando al sabio abría unos ojos como platos.

Cuando la niña se fué llevando tanta experiencia, el que le enseñó la ciencia sintió cierto no sé qué.

(1) Véase el núm. 282.

Y vió con honda aflicción
que con los ojos que abría
su discípula, le había
robado su corazón.

Y exclamó:—Intenté instruir
en amor á una mujer,
y ellas saben al nacer
más que un doctor al morir.
JOSÉ ESTREMERÁ.

LO QUE DIJO UNA REJA

Todas las noches al sonar las doce
profunda sensación me estremecía...
¡Qué agradable era el roce
del rostro aquél que sobre mí sentía!...
¡Qué aromas de clavel en el aliento
de aquella boca que anhelante y loca
entregaba sus ósculos al viento
con ansia de estrellarse en otra boca!
¡Qué fuego el de sus ojos más terrible!...
Estando como estaba tan cercano,
yo sentía el calor irresistible
del sol del Mediodía en el verano.
Y en fin... ¡qué corazón!... Casi me aterro
al recordar su desigual latido;
y en más de una ocasión me he conmovido,
y eso que soy, como sabrás, de hierro.
No perdí en aquel tiempo ni un detalle;
la hermosa con afán se me acercaba,
y con mayor afán escudriñaba
algo en lo oscuro de la estrecha calle.
Calle torcida y de negruzco suelo,
mal alumbrada por farol mezquino...
¡que aquel camino condujera al cielo
era sólo un sarcasmo del camino!...
Pensando en su candor extraordinario
premiar mi tercería en sus amores,
la niña me adornaba de diario
con tientos y con pájaros y flores;
aunque yo, á fuer de franca, te confieso
que á todas estas galas prefería
el calor de aquel cuerpo que tenía
la palpitante vibración del beso.

Todo el amor sin tasa
que sentí por la dueña de la casa,
trasformábase en odio inacabable
por aquel miserable
que sonriente sobre mí ahora pasa.
Hombre falaz y para el mal sereno,
á quien el hambre del delito acosa...
de esos mil que ante el paso de una hermosa
surgen como una emanación del cieno.
Yo apuraba el dolor hasta las heces
al contemplarle de su dicha ufano...
—¡Quién fuera lumbre!—repetí mil veces
sintiendo el roce de su tosca mano.
Ellos... ¡ah! mis angustias no entendieron,
y en una noche oscura
no sé qué disparates se dijeron...
dejaron el amor por la locura...
yo quise resistir... ¡pero me abrieron!...
¡Basta! ¡basta! El dolor que estoy pasando
no hay nada que le venga...
—¡Que me voy oxidando!
dicen, mi extraña destrucción mirando...
¡y es que tengo el rubor de la vergüenza!...

LUIS DE ANSORENA.



Ayer recibimos un telegrama de nuestro querido compañero D. Luis Taboada, en que nos participaba que, á causa de una ligera enfermedad, se había retrasado un día en la remisión de la crónica, y por consiguiente, ésta no llegaría á nuestras manos hasta las diez de la mañana de hoy sábado.

Después de muchas dudas decidimos esperar, retrasando la tirada. Lo cual pongo en conocimiento de ustedes para explicarles la causa de que algunos paquetes y ejemplares sueltos lleguen á sus destinos con un día de retraso, así como la probable contingencia de que la venta y el reparto en Madrid empiecen más tarde de lo ordinario.

A pesar de esta nota, los empleados de la Administración y de la imprenta están haciendo grandísimos esfuerzos para que resulte inútil. ¡Quiéralo Dios! Si no lo logran, perdonennos ustedes, pero el afán de no privarles del artículo de Taboada...

Un mal intencionado sin duda me ha remitido una comedia que se titula: *La política en España, ó historia desde la caída de Isabel II hasta la proclamación de Alfonso XII*, en prosa y verso.

Vaya una muestra para esparcir el ánimo:

«Hé aquí lo que es el pueblo español:
Cuando triunfa una revolución,
vengan músicas, vivas y turrón,
y ¡cándidos!... no ven donde nace el sol:
y el que menos se expone la vida
en esta quirielleysón,
coge la mejor comida.
¡Ya lo ve! Se paga tan mal
á los pobres maestros de escuela!»

¡Eso, eso! ¡Cositas así son las que hacen falta para salvar el teatro!

En Madrid por las noches hace frío
y la gente se marcha.
¿Qué buscará? ¡Dios mío!
¿Será que la grandeza en el estío
se sofoca ¡infelice! con la escarcha?

Libros:

Esgrima y amor, juguete cómico en un acto, original de los señores D. Serafín y D. Joaquín Alvarez Quintero, estrenado con gran aplauso en Sevilla por la compañía que dirigía Ruiz de Arana.

El decálogo. Tomo III. *Santificar la fiesta*, preciosa novela de Martínez Barrionuevo, que en esto de la fecundidad más parece gallego que andaluz. Supongo que harán VV. colección de estos tomitos ¿eh?

¡Tío... yo no he sido! Juguete cómico-lírico en un acto, letra de Felipe Pérez y González, música del maestro Rubio. Esta zarzuela ha obtenido, y sigue obteniendo, grandísimo éxito en el teatro del Príncipe Alfonso. ¡Como que tiene la gracia de María Santísima!

La Iglesia y la moral. II tomo. Biblioteca de *El Motín*. En el número anterior recomendamos esta obra. Precio de los dos tomos, 5 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. D. B.—Valladolid.—Entonces y ahora agradezco el puro. Es decir, que lo he agradecido dos veces. Lo cual es un exceso para un cigarro sólo. Los versos en cuestión están bien hechos, con facilidad y soltura, pero el final no tiene gracia ni saliente. Salud y... cigarros.

Un piel roja.—¡Cielos! ¡qué epigramas! *Ablando* se escribe con h, porque si no parece del verbo ablandar. *Tubo* con b no es del verbo tener; ¡es un cañuto!

Irigurigorriolieta.—Contemos las sílabas
amigo y señor,
contemos las sílabas,
será lo mejor.

Sr. D. A. C.—Madrid.—Los versos son flojitos porque tienen poca *miga*. Recibí el libro, me gustó *de veras* y dí cuenta de él en la sección correspondiente.

Rolando.—¡Dale bola! Hicimos lo que pudimos. ¿Que salió pobre? Pues no fué por falta de voluntad sino de *facultades*. La firma fué olvido seguramente.

Sr. D. F. U.—Flojo el soneto. Las otras menudencias se han suprimido por ahora para no cansar al país.

Rosca.—Pues... los viajes concluyen dentro de quince días. El álbum estará listo y encuadrado á mediados de Septiembre. Después... ¡ya verá usted lo que hacemos después!

Un gaditano.—¡Válame Dios! y qué mala sombra tienes, ¡jachó!

K. Milo.—Tiene usted poca gracia
señor K. Milo
para hacer moralejas
por ese estilo.

X. Y. Z.—El coloquio de amor, el puntapié del padre... ¡Santo Dios! ¡qué antigualla!

Deu t'empari.—Sí, Dios te ampare, que eso es mediano.

Sr. D. M. M. M.—Zaragoza.—Versifica V. regularmente; pero, sin embargo, no le faltan frases forzadas, versos duros y otros defectillos. Lástima, porque la composición es graciosa. ¿No podría V. limarla un poco, para que adquiriera naturalidad?

Q. Q. Fa. T.—Está bien. Se publicará.

Sr. D. A. G.—Linares.—Fuertecitos son. Hay que velar un poco los atrevimientos, ¿estamos?

Salchicho.—¿Conque una bizma en el coxis? ¡Ah, guasón! ¡Le han dado á V. ya el puntapié que merecía?

Unos suscritores.—Conformes, salvadas algunas cosas. Pero pierdan ustedes cuidado, que se hace lo que se puede.

A. B. C. Dario.—Eso es poca cosa. Venga la composición y juzgaremos.

Chiquitín.—Endebles por falta de costumbre. Su suscripción no vence hasta fin del corriente. Se han servido los números con puntualidad. Mañana recibirá V. los que pide.

P. Pinillos.—Mande la firma para un par de ellos, de cantares se entiende, no de pepinillos.

M. Terio.—¡Ay! resulta inocente y lánguida como una florecilla.

Sr. D. A. M.—Sevilla.—Eso es de Matoses, no sean VV. graciosos.

P. Rico.—Incauta irás *bolando* (¡V. sí que *bolal*)
por el frondoso jardín
y tus alas se irán quemando
con llamas del amor, que están allí...

Allí, allí, en las calderas de Pedro Botero le esperan á V. las llamas para decirle cuántas son cinco.

Sr. D. E. de B.—Granada.—Ha hecho V. mal en enviar los sellos. Cuando se pierde un paquete, sufre los perjuicios la Administración, que para eso se desahoga después diciendo pestes de los empleados...

MADRID, 1888.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934

EN UNA ENCRUCIJADA



—Ahí vienen esos dos que votaron al otro. Y como el Alcalde me ha dicho que los asuste...

ANUNCIOS

Lit. Espíritu-Santo, 18. Madrid

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.100

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPañÍA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFES

28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

en la Exposición Universal de París de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

Álbum de 50 cartulinas, que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo.—Se pondrá á la venta en el mes de Septiembre, época en que se concluirán los viajes. Se admiten encargos.

PRECIOS

Sin encuadernar.	20 pesetas
Encuadernado en tela.	25 »
Cartulinas sueltas.	0,50 »